

NATURA

REVISTA QUINCENAL
DE
CIENCIA, SOCIOLOGÍA
LITERATURA Y ARTE

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Floridablanca, 126, 1.º, 2.ª—Horas de oficina: de 1 á 2 y de 8 á 9

Clemencia Jacquet

La evolución del clan patriarcal

(Conclusión.)

Otro de los grandes males de la sociedad romana era, como ya hemos dicho, la usura que devoraba los bienes de los pequeños propietarios y les reducía á la esclavitud.

Tanto había engrosado el número de los esclavos por deudas, tan frecuentes eran los suplicios corporales impuestos á los deudores, que el Estado se vió obligado á prohibir la usura y abolir las deudas.

Pero también aquí la ley se halló impotente y la prohibición no hizo más que agravar el mal, como va á verse:

«La usura, pues, va á terminar; así á lo menos lo dice la ley. Pero la ley dice también que todos los ciudadanos son iguales; ¡ficción legal! Los plebeyos pobres así pueden estar seguros de no ser devorados por la usura, como de ser cónsules y senadores. El usurero expulsado de la plaza pública, castigado por la ley, se oculta, y sigue prestando, más exigente ahora, porque ahora hay que pagarle sobre el interés del dinero, los riesgos que corre y el deshonor que arrostra, sólo por socorrer á los pobres.»

Y para concluir, el autor que citamos y que no es sospechoso de tendencias anarquistas, llega á esta confesión:

«No acusemos, pues, á esos nobles advenedizos de haber olvidado en sus sillal curules al pueblo de que habían salido. Dando tierras á los pobres, proscribiendo la usura, sobre todo penando las coacciones violentas, *habían hecho todo lo que la ley y la prudencia política podían hacer para mejorar la suerte de los plebeyos.*»

He aquí una cosa que es bien significativa y que nos permite pasar á otro aspecto de la cuestión.

Después de haber puesto toda su esperanza en Licinius, los proletarios de Roma la colocaron en los Gracos:

«Desde que tomó Tiberio el cargo de tribuno, *el pueblo esperó de él alivio á sus miserias.*»

La lucha comenzó de nuevo más encarnizada que nunca con esta reaparición de la ley agraria y ya es sabido que abrió una era de guerras civiles que terminó con el establecimiento del imperio.

Lo que caracteriza estos movimientos populares es la fe ciega con que las masas seguían á sus jefes y les obedecían. Hallamos un testimonio de este fanatismo irreflexivo en las respuestas de Blossius, arrestado por ser partidario y amigo de Tiberius, después de la muerte de éste.

«Cuando Blossio fué conducido ante los cónsules:—Yo no he hecho, dijo, más que seguir las órdenes del tribuno. —¿Y si te hubiera ordenado incendiar el Capitolio? le preguntó Nasica.—Ja—más hubiera dado Tiberio semejante orden.—Pero, si la hubiera dado...—Habría obedecido, porque dándola él, era que el bien público lo exigía.»

En este estado de espíritu del pueblo es donde hay que buscar las causas de su derrota. Poniendo la multitud toda su confianza en un hombre sólo—que por bueno é inteligente que sea, puede equivocarse—es incapaz de discernir sus verdaderos intereses y sus verdaderos deberes. De otra parte, admitiendo que Tiberius Gracchus hubiese sido, lo que parece muy verosímil, incapaz de ordenar una mala acción ó de querer otra cosa que el bien del pueblo, no deja de ser por esto menos verdad que cuando fué asesinado, el pueblo se encontró desarmado y tuvo que esperar la venida de un nuevo mesías para seguirle; primero fué Carbón, después Caino Gracchus, hombres íntegros y sinceramente consagrados á su causa; pero luego vinieron Marius, Sylla, César y por último Octavio, el imperio y la decadencia.

La historia política y social de estos últimos siglos de la república romana, es de las más instructivas y sería útil reseñarla; pero la falta de espacio no nos permite citar más que un ejemplo de la ninguna confianza que el pueblo ha de poner en sus jefes:

«Escipión Emiliano, de vuelta á Roma con su ejército victorioso, no vaciló en sacrificar su popularidad, vituperando públicamente las leyes de Tiberio y de Carbón. Pasábase, pues, al partido de los grandes, abandonando el del pueblo que, á pesar de los grandes y de las leyes, le había conferido dos consulados y la censura, y sabiendo también los males de que adolecía la república.»

Dar el poder á quien de él abusa, no

saber sacar partido de las circunstancias y quedar vencido por la muerte de un jefe: he aquí la suerte reservada á un pueblo acostumbrado á obedecer servilmente y que ha abandonado á una clase cualquiera, á una minoría, el cuidado de pensar por él y de velar por su bienestar.

Nadie tiene el derecho, ni el pueblo ni el individuo, de desinteresarse de su propia vida, de esperar la palabra de orden venida de lo alto ó de abajo, de creer y obrar sin comprender, de entregar su confianza sin pruebas, como tampoco retirarla sin motivo.

No hay espectáculo tan lastimero como estas fluctuaciones de un pueblo transformado en populacho, yendo de Marius á Sylla, cometiendo todos los excesos, desde el asesinato hasta la delación, y siendo siempre, á la postre, víctima sobre la que caen todos los golpes.

No habiendo sabido conducirse por sí mismo, el pueblo romano terminó entregándose á un amo absoluto, á un emperador que, según cuentan, *restableció el orden en el Estado*. He aquí cómo:

Augusto comenzó por dividir la nación en dos partes: los ricos, nobles ó no, y los pobres. Con él comenzó el reinado del Capital-dinero. Antes se habían servido los guerreros de su sedicente nobleza para usurpar la tierra y ejercer el poder. Ahora se agregaban á los nobles todos los enriquecidos, sin averiguar cómo habían logrado esta riqueza, y se les designó á todos, nobles y capitalistas, con el nombre de *honestiores*, los «hombres de bien».

El proletariado constituyó la multitud de *humiliores*, para los cuales se hizo un código especial. Nada pudieron contra las vejaciones de los «hombres de bien», y pronto se hallaron regimentados en corporaciones de oficio ó de servidumbres, en cada una de las cuales se sucedían de padres á hijos, sometidos á tantas miserias que á menudo buscaban

en la fuga un remedio á sus males. Y ni aun así pudieron escapar, pues los *honestiores* los hacía marcar con un hierro candente á fin de que pudieran ser reconocidos y reconducidos á los talleres para ser castigados.

Verdad que estos mismos amos tan odiados, á su vez tuvieron que sufrir la llegada de los bárbaros y que su ciudad tan admirablemente ordenada, al decir de ellos, se hundió de golpe y porrazo arrastrándoles en su caída.

Después de haber leído y meditado la historia, una cuestión irritante se impone al espíritu, pareciendo insoluble: ¿por qué los grandes, los poseedores de los bienes y del poder, han sido siempre tan ciegos? ¿por qué, pues, en detrimento de su propio interés, se han opuesto obstinadamente en todo tiempo á hacer las concesiones menos onerosas y jamás han cedido sino á la fuerza? ¿por qué, en fin, han hallado un placer en los sufrimientos del pueblo, hasta cuando estos sufrimientos amenazaban convertirse en reivindicaciones violentas y terribles para ellos?

Aquí también bueno será citar ejemplos y nos los suministrará el período de luchas causadas por la ley agraria.

Cuando Tiberius Gracchus sacó de su olvido la ley Licinia, la cual dulcificó añadiendo una indemnización acordada á los ricos por las construcciones y los trabajos que habían ejecutado en sus usurpados dominios,

«Los ricos se sobrecogieron de estupor: se quería, al decir de ellos, arrancarles los sepulcros de sus mayores, la dote de sus esposas, la herencia de sus padres, tierras que habían adquirido legítimamente á precio de dinero, que habían mejorado y cubierto de construcciones...

«El pillaje del dominio público no había aprovechado solamente á los nobles de Roma, donde quiera que había riquezas, habían también detentadores

de tierras públicas. Todos ellos acudieron á Roma, y hasta el día de los comicios, estuvo la ciudad en la mayor agitación.»

Y cuando Tiberius, á fin de forzarles á consentir, hubo suspendido con su veto todas las funciones públicas y selló el tesoro,

«Los ricos vistieron de luto y recorrieron la ciudad, solicitando la piedad del pueblo; pero en secreto apostaban asesinos para que dieran muerte al tribuno...

«El día de la asamblea, cuando llamaba al pueblo á los sufragios, los ricos arrebataron las urnas» (1).

Imposible imaginarse comedia á la vez más ridícula y repugnante.

No cabe duda que se resintieron mucho más de las guerras civiles que sobrevivieron; de las prescripciones y confiscaciones de bienes que cayeron sobre ellos mismos, que de las concesiones que hubieran podido hacer aceptando francamente la ley agraria. El imperio fué para los nobles, dueños del gobierno durante la república, un verdadero golpe mortal que les despojó, en beneficio de los hombres de dinero y funcionarios prevaricadores, de su influencia en la marcha de los negocios. ¿Por qué, pues, no quisieron acometer reformas útiles que hubieran sido su mejor salvaguarda y que la más elemental prudencia les aconsejaba? ¿Y por qué esta testarudez incomprensible se ha repetido tan á menudo en la historia?

Por mi parte creo que la única explicación que pueda darse á este extraño fenómeno, debe buscarse en una paralización de la evolución. Habiendo logrado de golpe la satisfacción de sus necesidades materiales, dejaron entorpecer su inteligencia en la inacción y en una adaptación al exceso de goces que les volvió incapaces de comprender otro estado social diferente del en que vi-

(1) Victor Duruy, obra citada.

vían. Habiéndose especializado, por consiguiente, en un género de vida contra el cual se habían vuelto impotentes para reaccionar, sus luchas representan el

supremo esfuerzo de una raza condenada fisiológicamente y que debe desaparecer fatalmente con el medio en el seno del cual se agita.

Pellico

El Arbitraje

Tengo á la vista una correspondencia de Nueva York, que me ha hecho profunda impresión. He aquí su síntesis: «Las huelgas no son ya tan graves ni tan prolongadas, gracias á dos circunstancias: el arbitraje y la ausencia de huelgas por solidaridad.» Parece que algunas Uniones han aceptado el arbitraje obligatorio con los sindicatos de patronos, por medio del cual toda desinteligencia queda sometida al juicio de tribunales mixtos, elegidos por mitad por ambas partes contratantes; no se dice quien los preside ó desempata en caso necesario. Y la Unión mecánicos de ferrocarriles, yendo más allá, prohíbe toda huelga promovida por espíritu de compañerismo ó solidaridad; todo lo más se permitirán auxilios pecuniarios ó en especie á las mujeres é hijos de los huelguistas que sufran las consecuencias de la paralización del trabajo. Esto es todo.

Es para mí innegable la diferencia de caracteres entre el sajón y el latino: aquél respeta á la autoridad: éste la detesta; el uno es pacífico; el otro revoltoso; para el sajón, toda ley, disposición ó fórmulismo es cosa seria y sagrada; para el latino es sólo despotismo, trampa ó ridiculez; cierto es también que en los países sajones, las leyes, la administración, la justicia, los derechos individuales (salvo raras excepciones) se cumplen y se respetan, y en los latinos ni siquiera se cubren las buenas formas, todo es un solemne descrédito y bochorno. En los Estados Unidos se exigía, y dudo que se haya abolido, el juramento por la Biblia

y la Constitución de cumplir los Estatutos el ingresante á una sociedad gremial. En Australia se ha dado el caso de contemplar impasibles y casi alegremente por los huelguistas estivadores como sus mismos burgueses hacían el trabajo con rara energía hasta conseguir que los obreros se hubiesen comido el capital de resistencias y se declararan vencidos. En la Europa latina, ni los explotadores son tan batalladores y decididos, ni los trabajadores tan respetuosos. Será cuestión de raza, de temperamento, de educación, de libertad, no lo discuto; sólo afirmo el hecho de la diferenciación de caracteres; y esto explica que en Norte América tengan éxito ciertas prácticas y domine el maquiavelismo burgués, sobre todo después de ser víctimas muchas Uniones de sus jefes, verdaderas potencias dictatoriales en ellas posibles, y que, así como entre los latinos, con mejor criterio, habrían abolido las dictaduras, en los Estados Unidos han juzgado que lo mejor era entenderse directamente con los patronos.

Debe ser una gran cosa el arbitraje para los capitalistas, cuando no solamente se formaliza por ambas partes contendientes, y casi con fuerza legal, en Norte América, sino que se hacen enormísimos esfuerzos por los gobiernos de Francia, de Italia, de la Argentina y otros para implantarlo como una magnífica solución de las cuestiones de trabajo, más no aceptada con agrado.

Verdad es que así viénese á colocar el capital y el trabajo como de potencia á potencia, elevando el trabajo y los

trabajadores al rango de una fuerza social respetable, no siendo ya más considerados como cosa denigrante propia de esclavos. Pero esta ficción, halagadora al espíritu neutro, conservador, inconsciente, no engaña, no puede engañar á los hombres de juicio, á los que saben pensar y distinguir lo ficticio de lo real y que á los hechos se atienen.

Sin embargo, abrigo profundo temor de que esa astucia mesocrática, si no se hace una gran campaña para desacreditarla, va á ser otra sirena que encante á los pueblos y retarde su marcha progresiva. No sólo los gobiernos, ciertos sabios, todas las clases dominadoras, se aferran á esta áncora de salvación para detener el revolucionarismo de las masas obreras, del cual ya no se ríen como antes (lo que significa un gran paso hacia la finalidad), sino que son panegiristas del arbitraje los partidos adelantados, como radicales, socialistas, y aun algunos libertarios; y es inútil no conceder toda la fuerza que tiene una proposición apoyada por toda la sociedad, excepto una valerosa minoría, que por más que se desgañite propagando la verdad, no puede contrarrestar los efectos de mañosa perfidia conservadora, cifrando, si acaso, su triunfo en la experiencia, en el desengañador tiempo, en el fracasado beneficio que esperan del arbitraje los incautos, que será la mejor razón nuestra, pero en tanto es otro monstruo que se nos atraviesa en el camino.

Ó la burguesía es muy ingeniosa, ó los pueblos son muy estúpidos, cuando tan fácilmente se engullen sapos de ese calibre, creyendo que pueden alimentarse mejor así, cuando en realidad reventan.

¿Cuesta mucho comprender que el capital nada es, nada significa, sin el trabajo, que explota? ¿Es pensamiento de gigantes saber que el capital y el trabajo son dos elementos antagónicos, como lo son la autoridad y la libertad?

¿Es posible armonizar dos tendencias tan opuestas de buena fe? ¿Qué arreglos sinceros pueden efectuar el lobo y el cordero, el vampiro y su víctima? ¿No véis pueblos trabajadores, con qué saña, con qué acopio de elementos os persiguen y ametrallan todas las fuerzas del capitalismo, cuando queréis la más pequeña reforma en el trabajo, en la dura servidumbre con que se os sujeta y estruja sin piedad ni compasión? Entonces, ¿cómo confiáis en lo que por el capitalismo se os ofrece con tanta placentera insistencia? ¿No estáis aún desengañados de todas sus artimañas? Las leyes, la justicia, el sufragio, el derecho, la libertad, la protección, la caridad, el patriotismo, la política, la religión, el militarismo, todo cuanto sucesivamente se ha implantado *para bien del pueblo*, por los gobiernos, cámaras y partidos políticos y socialistas, ¿no se ha trocado todo ello en farsas, concupiscencias, tiranías? ¿Qué esperáis, pues?

Por doloroso que os sea, pacientes trabajadores, entre el amo y el esclavo, entre el gobernante y el gobernado, entre el explotador y el explotado, entre el que vive á expensas del trabajo y el trabajador, no cabe más que la imposición ó la rebeldía. Sólo por la fuerza se os subyuga; y por la fuerza solamente podéis redimiros. No hay otra verdad que pueda oponerse á ésta.

Mientras el movimiento obrero no presentaba un carácter serio, amenazador, ni los gobiernos ni los capitalistas se ocupaban de *esas cosas*. Cuando ellos se han dicho que las exigencias de los trabajadores eran incesantes, que su trascendencia podría serles funesta, se alarmaron, y poniendo en juego sus grandes resortes, desde el papa al obrero templado, y sin descuidar por eso el aplastamiento de los rebeldes (lo que debiera ser bastante instructivo hasta para los más pobres de entendimiento), se dieron á inventar procedimientos de

engaño, y entre leyes de excepción se dan leyes de protección, no á todos los trabajadores, sino á los trabajadores mansos, á los carneros; y de esa farsa (pues por la farsa y la fuerza se domina) salieron los círculos obreros católicos, y también el arbitraje, confiándose las más de las veces al ministro del Interior, al gobernador ó al jefe de policía su solución; esto es, á los mismos encargados de prender, machetear y fusilar á los trabajadores, como podría confiarse la oveja á la magnanimidad y nobleza del hambriento lobo.

Se dice que los tribunales mixtos ofrecen la garantía honrada de ser por partes iguales su composición, lo que no es exacto tampoco. Se compondrán de la misma manera que los de amigables componedores en los pleitos civiles. Tantos por cada parte, y un tercero en discordia para desempatar. Pues ó ha de ser así ó no hay tribunal posible.

Si son tres obreros y tres industriales y cada parte se hace intransigente, los unos en pedir y los otros en negar, ¿cómo venir á solución? De aquí la necesidad de un tercero que presida y falle; y en rigor es el árbitro obligatorio. ¿Y quién es ese nombrado presidente que merezca los sufragios de ambas partes? Un personaje influyente, muy honorable él, pero que no será un obrero, y, por tanto, votará con los de su clase; ó, si se confía á un trabajador, es seguro segurísimo, que será un complaciente, que esperará alguna recompensa en su oportunidad de los industriales á quienes ha de favorecer con su voto y opinión. De lo contrario, el arbitraje sería resistido por los capitalistas, y confiarían su salvación al machete policial. ¿Son esto garantías, sinceridad? Y ello sin contar con el trabajo de zapa que el industrial sabe emplear para que la delegación obrera recaiga en individuos maleables, por si acaso, so pretexto de que no podrían entenderse con

fanáticos, sectarios, etc.; así como sabe conquistar votos en la lucha política, corrompiendo la sinceridad del sufragio universal.

Cuando se trata de restablecer la armonía del capital y del trabajo, me acuerdo de unas poesías catalanas celebrando la unión de amos y de trabajadores del gremio de tejedores de Barcelona, allá á mediados del pasado siglo, pues la desarmonía es vieja de toda la vida. ¡Qué de ensalzamientos al buen patrono, su hermano, su bienhechor! Y bien, esa unión y armonía duró mientras los tejedores no hicieron más que celebrar la fiesta de su santo patrón, cumplir con los deberes religiosos y ayudar con sus cuotas al clericalismo; se vino todo abajo así que reclamaron algunos reales más por pieza; y poco después los mozos de escuadra los perseguían, los deportaban á Fernando Póo ó los fusilaban en plena rambla!... Es el riesgo del domador que confía su cabeza á la bondad del león, y aun hay leones de una magnanimidad bellamente sorprendente.

Se podrá ó no se podrá conseguir por la fuerza moral ó la material una reclamación obrera; pero por el arbitraje es positivo que no se obtendrá más que la sumisión del esclavo. Se ha hecho bastante práctica huelguística para saber que un gremio asociado logra mucho con sólo la fuerza moral de la asociación, y si es material en muchos casos más se obtiene.

Pero no es lo malo que el arbitraje sea un engaño, porque al fin los hechos lo advertirán á todos. Lo peor del arbitraje es hacer pasar por el aro de la legalidad (tiranía) á la fuerza obrera, imposibilitar, dividir, desviar, corromper la tendencia del obrero hacia su emancipación. Esto es lo espantablemente perfidioso y ruin.

Aceptando ese pacto repugnante, representando cuando convenga la farsa de conceder una piltrafa, como bombo

para llamar la atención de los sencillos trabajadores, y así tener derecho para negarse los explotadores á reclamaciones más fuertes, se establece la corriente á las prácticas legales, á la personería arbitral, á la validez de las resoluciones arbitrales, que se completarán como en Alemania, con la libreta del vasallo, la caja de retiro, la jubilación, el asilo y socorro en caso de enfermedad, la indemnización por accidentes del trabajo, etc., etc., todo ese programa mínimo socialista, si se quiere, cúmulo de vaciedades, de presunciones, de mentiras y burlas de mala ley, que hacen el juego de gobiernos para esperanza de ambicioncillos sin más ingenio que encantar tontos.

Contra esas argucias infames hay que exponer constantemente verdades irrefutables, hecho positivos. Para llegar á la emancipación social, se ha de despreciar á los que se sabe que no pueden quererla, que son sus enemigos, porque ellos ya están emancipados, y á todas sus *desinteresadas proposiciones*. No es cierto que sea bueno tomar del enemigo el consejo, sino el propio.

Síntoma reaccionario, por el arbitraje, es este: condenar la huelgas por solidaridad; esto es, nuestra más poderosa arma, abandonarla; para que después se nos escarnezca.

Acordaos, obreros: esos del arbitraje, son los que sacrificaron á los mártires de Chicago!...

Dr. M. N.

Algunas ideas falsas sobre el Anarquismo

Documento leído ante el «Radical Club» de New-York en Enero de 1904.

Hay, hablando brevemente, tres clases de anarquismo: la escuela *revolucionaria* de Bakunin y Kropotkin, conocida bajo la denominación de *anarquismo comunista*; el anarquismo *ético ó filosófico* de Godwin, Proudhon y Tucker; y, en fin, el anarquismo religioso de Tolstoy.

Así, al hablar de las falsas ideas que corren sobre anarquismo, es necesario no olvidar que no sólo cada escuela ó rama es mal interpretada, sino que también la confusión se deriva asimismo del propio hecho de existir diferentes tendencias, antagónicas necesariamente en algunos extremos.

Del mismo modo, los que tienen ó se forman ideas falsas del anarquismo constituyen distintas categorías. Para mayor sencillez las dividiremos en tres tipos diferentes: los *conservadores*, que detestan y temen cualquier proposición radical sobre cambios sociales; los *socialis-*

tas y otros reformistas, que no pueden ver, porque no lo necesitan, el objetivo de otros compañeros; y los anarquistas mismos que creen tener el monopolio de la verdad.

Es, pues, incuestionable que tales falsas ideas son en gran número y muy variadas, por lo que sería abusar de vuestra paciencia hablar de todas ellas. Limitaré, por tanto, mis observaciones solamente á unas cuantas y en particular á la escuela revolucionaria, que es la que mete más ruido, la más aborrecida y la que peor se comprende.

La primera y más importante falsa concepción del anarquismo, sostenida inocente ó maliciosamente por amigos y adversarios, es la de que Anarquismo, Comunismo y Revolución, son una trinidad indisoluble, de tal modo, que muchos se imaginan al primero con la revolución sangrienta en una mano y el comunismo angélico en la otra. Así, pues,

presupone aquél la revolución é implica el comunismo como una económica necesidad social.

Que hay fundamento para la formación de estos errores en las mismas enseñanzas de algunos propagandistas de la Anarquía, no puede negarse en redondo. Como toda generalización no derivada de inducciones, la concepción del anarquismo fué atrevida pero vaga. Y también, como otras muchas ideas, no pudo escapar, en sus comienzos, á la influencia de las ideas vecinas.

El nacimiento del anarquismo coincide con el período revolucionario de 1848-71. Las tradiciones de la gran revolución francesa estaban entonces todavía frescas en el espíritu popular; el ambiente impregnado de la idea de cambios político sociales y las aspiraciones de los hombres adquirieron grandes vuelos. La construcción de barricadas era entonces una industria floreciente. Fué en una época de fabricación de constituciones de papel y de sistemas sociales, cuando precisamente surgió el sistema no autoritario.

Las más vivas críticas acerca de la tiranía del Estado dieron naturalmente en tierra con los más impacientes y más perseguidos revolucionarios de aquel tiempo. El ideal de no-autoridad inspiróles obstinada oposición á los poderes constituidos y su naciente amor por la hollada humanidad no podía hallar satisfacción sino en la más alta expresión de la fraternidad humana, el abandono económico del comunismo fraterno.

Pero si es históricamente cierto que los primeros anarquistas fueron antes que todo comunistas revolucionarios, no se puede por ello inferir que el anarquismo sea necesariamente imposible sin los principios económicos del comunismo y sin el método de la revolución violenta. Teóricamente, no hay en verdad, lazo esencial de unión entre los tres concep-

tos, aun cuando un buen número de personas afirmen su fé en aquella trinidad como un todo. Los que no creen en la necesidad del gobierno, pueden ó no ser devotos de la revolución y de la propaganda por medio de la matanza; pueden ó no comulgar en el Comunismo.

La defensa de la libertad en las relaciones sociales, del principio del voluntariado ó del derecho de secesión en la organización social, presupone, como explanaré luego más extensamente, una sola condición económica fundamental, á saber: igualdad de medios para obtener la independencia económica.

Por otra parte, en el terreno de los hechos, el anarquismo americano nativo, según lo expuso su fundador Josiah Warren y también muy expresivamente Thoreau, está enteramente libre de ambas tácticas; la comunista y la revolucionaria. El anarquismo de Benjamin R. Tucker, generalmente el más lógico y firme, es de todo en todo opuesto al sistema comunista y extremadamente pacífico en su método. El mismo Proudhon procuró establecer la anarquía por medio del Banco del Pueblo y el Cambio del Trabajo.

Es, pues, evidente que identificar el anarquismo con la revolución ó con el comunismo es una falsa concepción de la teoría y contrario á los hechos de su historia. Y, sin embargo, todavía lo oímos repetir una y otra vez, inocentemente por parte de los simpatizadores, que debían conocerlo mejor, y maliciosamente por los reaccionarios y los socialistas políticos que no necesitan enterarse porque el error sirve á su propósito de desacreditar el anarquismo ante el pueblo.

Como prueba de tan corriente y maliciosa ignorancia acerca del anarquismo, citaré algunos párrafos de cierto libro publicado hace pocos meses y que fué muy aplaudido por la prensa socialista y calificado por el editor de *The Comrade*

de «libro notable de un hombre notable». En la página 332 de *La Historia del Socialismo en los Estados Unidos*, se lee lo siguiente:

«Los anarquistas, al no reconocer el carácter orgánico de la sociedad humana, niegan el curso gradual y lógico de su desenvolvimiento. El mundo está dispuesto para las más radicales revoluciones en todo tiempo y cuanto se requiere para su éxito feliz es un golpe de mano de determinados hombres capaces de arriesgar su vida por el bienestar del oprimido pueblo.

»Consecuentes con su punto de vista, los anarquistas repudian la acción política como una farsa dañosa y desdeñan los esfuerzos de las asociaciones de oficio y del socialismo por mejorar la condición de la clase trabajadora, como medios reaccionarios que retardan la revolución al suprimir el descontento de los obreros por su estado actual. Sus esfuerzos (los de los anarquistas) se encaminan directamente á sembrar la semilla de la rebelión entre los pobres y mantener una guerra *personal* con aquellos que reputan responsables de toda la injusticia social, los altos y poderosos de todas las naciones. Sus armas son la propaganda por la palabra y por la acción».

Este hombre *notable* parece no haber leído nunca un simple folleto anarquista. Cada sentencia de esos párrafos es una absurda interpretación de frases cogidas al vuelo en los pasionales discursos del veterano revolucionario John Most hará unos quince años. Pero desgraciadamente la teoría del anarquismo es tan poco entendida que semejante potingue de absurdos halla fácil acogida aún entre los escritores, para no hablar de los píos lectores que se horrorizan sencillamente de «las peligrosas teorías de esos horribles lunáticos que se llaman anarquistas».

Otra de las más importantes falsas ideas sobre el anarquismo de que nece-

sito hablar porque afecta á su principio fundamental, es la que se refiere al concepto de la libertad individual.

Mucho se abusa de esta locución. En nombre de la libertad defienden los satisfechos burgueses la misma *esclavitud de nuestros tiempos* y en el espíritu de la propia constitución del sucesor de aquéllos, el socialismo que aspira al poder político, la libertad es perfectamente compatible con la *futura esclavitud*. El anarquismo es aborrecido por que se le supone partidario de la libertad sin freno, de la licencia grosera, lo que es destructor de toda vida social, mientras que los anarquistas mismos están todavía divididos en cuanto á la definición de la palabra. La escuela «filosófica» se conforma con la fórmula spenceriana de la libertad igual, esto es, la de que cada uno es libre de hacer lo que le plazca en tanto no coarte la libertad de los demás. Pero el problema no queda así resuelto, solamente adelanta un paso más, porque la fórmula no incluye la definición de su cláusula limitativa. ¿Qué es, en efecto, lo que constituye una interferencia ó invasión de la libertad ajena? La objeción se reproduce más adelante y parece fundamental porque no es ya el *principio* de libertad el que sirve como guía de conducta sino más bien los *límites* de la libertad, que es la misma concepción de la libertad garantizada por las leyes que sostiene la vieja burguesía.

La escuela anarquista «no filosófica» mira semejante fórmula con recelo. Para sus partidarios, la libertad implica nada menos que ese idílico estado en que cada uno es perfectamente libre no sólo de hacer sino de *gozar* todas las cosas. Confían antifilosóficamente, por cierto, en la bondad inherente á la naturaleza humana y rehusan poner límites á la libertad de cualquier especie que sea. Es esta aspiración de los anarquistas comunistas hacia la libertad idílica per-

fecta lo que impele á los reformadores benévolos, pero cautos, á expresar su simpática observación de que el anarquismo es ciertamente un bello ideal pero ¡oh, cuán impracticable!

Y así tenemos anarquismo execrado, por una parte, como teoría diabólica de infierno y caos, é idealizado, de otra, como un sueño beatífico, pero imposible.

Ahora bien, la libertad que defienden los anarquistas ni es tan terrible que produzca el caos ni tan beatífica que resulte de imposible realización. La vacilación proviene únicamente de ser aquélla mal entendida. Se habla siempre de libertad como si fuera una fuerza positiva, un arma, algo de que los individuos pueden usar para bien ó para mal. Frecuentemente oímos decir: «Dad al hombre la libertad y abusará de ella empleándola en molestar á su vecino»; ó por el contrario: «Dad al hombre la libertad y será bondadoso y considerado con los demás». Pero la libertad no es una cosa que se dá. No es un título de propiedad ó una *lettre de chachet* de la que se puede hacer lo que nos plazca. Esencialmente la libertad es una simple relación, una condición negativa, la ausencia de algo positivo en sus manifestaciones, esto es, *la ausencia de sujeción*.

Además, la libertad es una *relación social*, no una facultad individual. Fuera de la sociedad no podemos formarnos concepción alguna de la libertad. Podemos hacer en absoluto cuanto se nos antoje sin que implique todavía cuestión alguna de libertad. Nuestros actos llegan á tener significación únicamente en tanto cuanto afectan á otros, cuando tienen una relación definida con los actos de los demás, esto es, cuando son actos *sociales*. Al hablar de libertad no hacemos más que caracterizar simplemente la relación de nuestros hechos con los hechos de otros; expresamos entonces que nuestra actividad no cohibe la acti-

vidad de nadie. En las relaciones de hombre á hombre, tener libertad no significa de ningún modo estar investido del poder de dirigirlo; significa acrecentar el beneficio que envuelve la condición negativa de no ser dirigido por él.

Muchos dicen: «Está muy bien hablar de libertad perfecta para lo futuro, cuando los sentimientos altruistas se hayan desenvuelto y sobrepujado á los sentimientos egoístas y el interés de los hombres consista principalmente, como dice Spéncer, en ser auxiliar de los demás. Pero con la actual condición humana y las complicadas relaciones de los intereses en conflicto, es preciso que la restricción, mejor que la libertad, continúe siendo la guía principal de la organización social.»

La falacia que asoma en esas palabras es también debido á una errónea concepción de la libertad. No es esta un sacrificio que se hace en beneficio de otros. No procede de los sentimientos altruistas, del apoyo mutuo, del hecho de ser ayudado. No hay ningún imperativo, haz para otros, etc., es el grito egoísta puro que desata, que aísla.

La definición de la libertad individual *no* es que cada uno pueda hacer lo que guste con la condición tácita ó expresa de no molestar al vecino, sino que cada uno puede *abstenerse* de hacer lo que no le plazca sin ninguna condición tácita ó expresa.

Si la libertad individual fuese incompatible con la organización social, tanto peor para ésta.

Dejad solo al individuo: no lo *constrináis* en nombre de la sociedad á hacer lo que no necesita y no tendréis ocasión de *reprimirlo* por hacer lo que le es necesario. El fin de la sociedad es, hablando teleológicamente, el desenvolvimiento de la individualidad y no viceversa. La organización social tiene únicamente importancia en tanto cuanto sirve los propósitos individuales: tanto más com-

pleta su libertad personal, tanto más sus fines son atendidos.

El anarquismo es la negación de la organización *forzosa*, no ciertamente de *toda* organización. No niega el carácter orgánico de la sociedad y por tanto el curso gradual de su desenvolvimiento. Pero reconocer un carácter orgánico en la sociedad, no implica que sea un organismo en el sentido neto de la palabra, donde todos los órganos componentes esclavizados obedecen la voluntad de la autoridad central, el más alto sensorium. La organización política de la sociedad es totalmente una concepción distinta de la organización biológica. La sociedad es una organización sin órganos especiales; está organizada solamente en virtud del hecho de hallarse los individuos en mutuas relaciones los unos con los otros. ¿Cuál es el carácter de estas mutuas relaciones? Hé ahí una cuestión enteramente política. ¿Cuál fué el curso de su desenvolvimiento? La ciencia política dará la respuesta. ¿Cuál *deberá* ser, ó mejor, cuál habrá de ser el carácter de estas relaciones mutuas? El anarquismo enseña que habrá de ser *libertario*, que esas relaciones mutuas, esto es, la organización social, ha de ser *voluntaria* y no *forzosa*.

El individuo no debe fidelidad á persona alguna ó agrupación de personas. Es libre, perfectamente libre, de unir sus esfuerzos á los de sus semejantes para cualquier fin y como le plazca, ó de permanecer aislado y no participar en el trabajo y beneficios de cualquier empresa social. El principio de la libertad individual es el derecho de secesión, el derecho á separarse de la organización política constituida, el derecho á no hacer lo que no le es necesario, el derecho á no conformarse con las decisiones de la mayoría; en resumen, el derecho á la absoluta posesión de su propia personalidad.

La idea del *arquismo*, el Estado, en

todas sus manifestaciones y formas, se basa en la teoría de que una porción de la sociedad—una minoría en la forma oligárquica del Estado, una mayoría en la forma democrática—tiene el derecho de obligar á todo el resto á cumplir sus mandatos. Todas las formas de organización del Estado niegan en principio el derecho de sus miembros constituyentes á separarse, aisladamente ó en grupo, de tal organización. Ningún Estado sufre la existencia, dentro de su jurisdicción, de cualquier otra organización política, independiente de su autoridad. Para los gubernamentales, nada hay más nocivo que «un Estado dentro de otro Estado». El anarquismo sostiene un punto de vista diametralmente opuesto al del Estado compulsor. Aboga por la *elección individual* en lugar de la *ley de las mayorías*; por la libertad de *no cumplir* los mandatos de la autoridad, más brevemente, por la organización *voluntaria* en vez de la organización *forzosa*.

El anarquismo es todo eso, *pero nada más*. Y ello me lleva á considerar otra falsa idea del anarquismo.

Se supone ó afirma invariablemente que aquél presupone un sistema económico particular con el que se dá la mano; que sin tal condición económica particular, el anarquismo es imposible, ó bien que no prosperaría. Yo no hablo contra los anarquistas que prefieren el comunismo ó la propiedad privada, ó cualquier otro sistema como deseable condición económica *per se*; hablo solamente contra los que ven en uno ú otro de esos sistemas económicos una *conditio sine qua non* del desenvolvimiento de la organización anarquista, lo que niega la *posibilidad* del anarquismo sin otro *ismo* suplementario. En este respecto, lo mismo los comunistas que los individualistas están igualmente equivocados. El argumento de los primeros es que el hombre no puede ser perfectamente libre en tanto cuanto no lo es de consumir cuanto

necesita, así de los bienes de la tierra como de su parte en la producción. Y además que la igualización de las fortunas es de necesidad absoluta para la salvaguardia de la institución de la libertad.

El argumento de los individualistas, sostenedores de la propiedad privada, es que la comunidad es esencialmente una explotación de los fuertes por los débiles que, en primer lugar, vá contra el progreso de la raza y, en general, merma la libertad de los más fuertes en favor de los más débiles.

A los argumentos de los comunistas respondería: No podréis ser seguramente bastante y perfectamente libres en este mundo puesto que aún en el comunismo no os veréis libres de todo cuidado y molestia, no os podréis ver libres de las enfermedades y de la muerte inevitable y de los males y dolores sin número de que el cuerpo y el espíritu humano son herederos. Es altamente dudoso que aún un comunista tenga una «voluntad libre» sobre sí mismo.

Ahora bien, yo no niego que sea deseable tener todas esas clases de libertad, pero sí niego muy positivamente que sin ellas no podamos gozar de la libertad preconizada por los anarquistas. Recuérdese que la libertad de que trata el anarquismo es la libertad de no hacer socialmente lo que no se tiene necesidad de hacer, la libertad de no ser constreñido por cualquier organización á participar en cualquier empresa que uno mismo no haya elegido. Esta es la libertad anarquista, por así decirlo, y ello es todo el anarquismo; el resto es cuestión de convenios ó acuerdos voluntarios y circunstanciales.

Todo lo que el hombre necesita para mantener efectivamente su libertad no sometida á la autoridad, es, aparte la salud mental, la independencia económi-

ca posibilitada por la igualdad de condiciones para utilizar la tierra y los libres dones de la naturaleza. Establecido esto y por medio de acuerdos mutuos en una organización voluntaria, el hombre puede vivir libre y feliz.

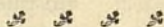
No es la igualdad de fortunas, sino la igualdad de medios, lo que, añadido á la libertad, dará por resultado la fraternidad. Porque nunca hay riesgos de que los más fuertes y más frugales opriman á los más débiles y menos parcos, si aún los débiles y sin capacidad son bastante fuertes y hallan bastantes recursos en la igualdad de medios para permanecer aislados y ser libres.

Por otra parte no hay lugar al temor que los individualistas manifiestan hacia el comunismo voluntariamente organizado y mutuamente convenido. No puede haber explotación en el mutualismo. Ningún hombre que no sea obligado á aceptar cualesquiera condiciones, puede ser explotado; y ciertamente ningún anarquista ha pensado en forzar á nadie al comunismo. En cuanto al progreso de la raza, vá ganando terreno de poco tiempo acá la idea de que el apoyo mutuo más bien que otra cosa lo aumenta, y así no es necesario que nos quebreemos la cabeza acerca de ello.

Además, conténder por la universalidad de cualquier sistema económico especial, implica una lamentable y falsa concepción de la naturaleza misma del progreso social. Las cosas seguirán en el porvenir la línea de menor resistencia como invariablemente ha sucedido en lo pasado; pero ¿quién podría señalar la línea que seguirán las múltiples necesidades humanas para obtener adecuada satisfacción?

Hay espacio suficiente para comunistas é individualistas juntos: tal es el anarquismo.

De Free Society, de New-York



Idealismos culpables

Es digno de estudio el espíritu popular durante los grandes trastornos políticos y sociales. Ya sea por infantiles atavismos, ya derivado de predicaciones demasiado idealistas, las rebeldías del pueblo suelen ir acompañadas de actos que, si ponen de manifiesto la inagotable bondad del corazón humano, muestran también cuanta parte tiene, en la ineficacia de las revoluciones, la candidez general.

Por hartos conocido, holgaría citar el hecho singular de que las insurrecciones democráticas alzasen el famoso «pena de muerte al ladrón», mientras consentían que los grandes ladrones esperasen agazapados en sus palacios á que la tormenta revolucionaria amainase. Pero no se considerará así si se tiene en cuenta que el espíritu neto de tal conducta vive todavía en el pueblo y además se ha reafirmado, un tanto modificado, en el terreno de las contiendas sociales.

En todos los sucesos contemporáneos de alguna resonancia se ha visto como el buen pueblo continuaba aferrado al castigo del hambriento ladrón de un panecillo y al respeto á la propiedad sacrosanta del ladrón legal, enriquecido con el trabajo ageno; se ha visto como el buen Juan se detiene siempre ante las grandes mentiras en que descansa el caserón vetusto del privilegio social y dá un paso atrás en cuanto llega á los linderos de la verdadera obra revolucionaria, aquélla que se dirige á la destrucción efectiva de enormes desigualdades y de terribles injusticias. La voz de la reacción es poderosa todavía. Ella grita al pueblo moderación, respeto, templanza; condena todos los radicalismos y pide resignación y prudencia para ir elaborando lentamente un porvenir muy poco mejor que el presente detestable. Los

maestros de la charlatanería política y social conocen y manejan bien los resortes de la sencillez popular. Hablan elocuentemente á los atavismos heróicos que hacen del pobre el perro guardián del rico; despiertan los convencionalismos rancios de la honradez servil, de la lealtad humillante, y cuando la rebeldía popular estalla, la historia magnánima consigna la santa virtud revolucionaria que guarda los bancos, las grandes propiedades, los personajes del rebaño y fusila al miserable que cree llegada la hora de comer y de abrigarse. ¡Y qué cosa tan sencilla escapa á la penetración popular! En mil formas se ha dicho y nunca será bastante repetirlo: aquel famoso letrero de la barricadas republicanas estaría muy en su lugar si los revolucionarios empezaran por colgar de un farol, como suele decirse, á todos los detentadores del trabajo ageno, políticos, propietarios, etc.

El resultado de la educación recibida por el pueblo, no puede ser sino el que queda indicado. Las idealismos quijotescos de la democracia conducen forzosamente al afianzamiento de todos los anacronismos. Son idealismos culpables que tornan ineficaz la acción revolucionaria.

En nuestros tiempos de huelgas y alborotos obreros ¿qué otra cosa se vé? Los trabajadores saben salir á la calle, poner su pecho indefenso á las balas; lo mismo que antes, son héroes de barricada con todos los debidos respetos á la santa propiedad, á la autoridad y á las personas. Los mismos idealismos culpables siguen inspirando la conducta de las masas.

¿Y porqué los obreros que luchan por una mejora ó un ideal económico, se entretienen en reñir absurdas batallas con la fuerza armada? Allá están el burgués

admirado que los explota, el político que los engaña y explota, el cura que los envenena, engaña y explota; allá están el opulento palacio que insulta la miseria de sus pocilgas, la fortaleza - fábrica donde dejaron gota á gota toda su sangre; allá está el usurero que les *alivió* una hora de miseria dándole unos céntimos por los últimos restos del ajuar doméstico, por la última camisa ó por la última blusa.

A veces van los obreros á la puerta de la fábrica; ¿á qué? A vengar la traición de otros compañeros de hambre. El burgués tan tranquilo en su confortable vivienda. ¡Pena de muerte al *esquirol*! Y paz y respeto y consideración para el detentador del trabajo común, para el que explota, para el que envenena, para el que engaña, para el que roba.

El fenómeno social no hizo más que cambiar de forma: los idealismos culpables continúan haciendo del buen Juan héroe legendario de la tonta honradez, de la necia lealtad que le convierten en perro guardián del amo que le azota, que le esquilda, que le mata.

Un hecho singular sobre el que es menester fijar bien la atención, es aquél que nos revela como todos los levantamientos populares dejan en paz al feroz usurero que trafica, en el último escalón de la miseria, con los últimos restos de pobreza. ¿Es acaso el recuerdo del hambre mitigada momentáneamente, que convierte al repugnante prestamista en alma magnánima y generosa y paraliza la acción revolucionaria del pueblo?

No, seguramente; es que el pueblo, ahora como antes, todavía no sabe más que pelear, sacrificar su vida, poner su pecho á las balas, sin que se dé bien cuenta de porqué ni para qué. Su acción es aún instintiva y vá impulsada por los atavismos de barricada y de motín, por la influencia de los idealismos culpables que le convierten en héroe inconsciente de ignoradas causas. Su acción reflexiva

apunta apenas en las contiendas contemporáneas. El espíritu popular empieza ahora á transformarse. ¡Difícil empresa operar el cambio sin menoscabo de la bondad tradicional y con pérdida de la candidez idealística y quijotesca!

Porque es preciso que la violencia actual y el furor creciente del combate por el porvenir, no nos lleve á la crueldad y á la ferocidad. Vamos hacia un mundo de justicia y de amor. ¿Llegaremos allá por la venganza y por el odio? Fuerza es luchar con los hombres y no con fantasmas, no con las cosas que ellos representan. Pero en este combate por lo mejor, la muerte no puede ser un objetivo, ni siquiera un medio, sino un accidente fatal, fruto de circunstancias momentáneas. Comprendemos el odio, la venganza, el rencor, la injusticia, la violencia como estados pasajeros inevitables traídos por las concomitancias de la contienda; no los comprendemos como predicación que cifra en tan deleznales fundamentos el éxito de una aspiración levantada.

La acción reflexiva, privada de los elementos atávicos idealísticos, será aquella que teniendo por mira una aspiración de justicia, comience por aplicarla, antes que á las pequeñas, á las grandes causas de la desigualdad social. La conducta mejor será la que nos conduzca más directamente y con menos sacrificio de la existencia humana, á la realización del porvenir.

Claro que nunca podrá ser la acción revolucionaria un problema de cálculo, frío y sin entrañas. La pasión entrará siempre como factor poderoso en la conducta de los hombres. Y lucha sin apasionamientos, sin vehemencias, no se comprende. Pero la pasión toma los carriles trazados de antemano por la educación, por el hábito, por la propaganda, etc. Y así cuando la masa popular haya roto con los convencionalismos motinescos y ridiculamente heróicos,

tomará el camino de la acción reflexiva que le conduzca al porvenir según la línea de menor resistencia, es decir, con menos sacrificio de vida humana y más provecho para todos los hombres.

La ineficacia de las revoluciones que

tanta sangre y existencias han costado al pueblo, es buen ejemplo de la culpabilidad de ciertos idealismos.

Sacudamos la herencia funesta y haremos más y mejor por el porvenir ambicionado.

Gustavo Le Bon

Poder creciente de las multitudes

El advenimiento de las clases populares á la vida política, es decir, en realidad, su transformación progresiva en clases directoras, es una de las características más salientes de nuestra época de transición. En realidad, no es por el sufragio universal, tan poco influyente durante mucho tiempo y de una dirección tan fácil al principio, que se caracteriza este advenimiento. El nacimiento progresivo del poder de las multitudes se efectuó al principio por medio de la propagación de ciertas ideas que se han implantado lentamente en los espíritus, y después por la asociación gradual de los individuos para lograr la realización de las concepciones teóricas. Por la asociación las multitudes han acabado por formarse una idea, sino muy precisa, por lo menos bastante exacta de sus intereses, y adquirido la consciencia de su fuerza. Las multitudes fundan estos sindicatos—sociedades de resistencia—ante los cuales van capitulando todos los poderes, y estas bolsas del trabajo que, á despecho de todas las leyes económicas, tienden á regular las condiciones del trabajo y del salario. Las multitudes, en fin, envían á las asambleas gubernamentales representantes despojados de toda iniciativa, de toda independencia, y reducidos á menudo, á ser no más que portavoces de los comités que los elige.

Actualmente las reivindicaciones de la multitud se vuelven cada vez más netas y conducentes á la destrucción

completa de la sociedad actual, para reconducirla á aquél comunismo primitivo que fué el estado normal de todos los grupos humanos antes de la aurora de la civilización. Limitación de las horas de trabajo, expropiación de las minas, de los ferrocarriles, de las fábricas, del terreno; reparto igual de todos los productos, eliminación de todas las clases superiores en beneficio de las clases populares, etc. He aquí las reivindicaciones.

Poco aptas para el raciocinio, las multitudes son, al contrario, muy aptas para la acción. Gracias á su organización actual su fuerza se ha hecho inmensa. Los dogmas que nosotros vemos nacer tendrán muy pronto el poder de los dogmas viejos, es decir, la fuerza tiránica y soberana que pone al abrigo toda discusión. El derecho divino de las multitudes se sustituirá bien pronto al derecho divino de los reyes.

Los escritores favorecidos de nuestra burguesía actual, los que mejor representan sus ideas un poco estrechas, sus miopías, su escepticismo un poco sumario, y su egoísmo á veces demasiado excesivo, se alocan ante este nuevo poder que ven crecer, y, para combatir el desorden de los espíritus, dirigen desesperados llamamientos á las fuerzas morales de la Iglesia, á estas fuerzas morales que antes ellos mismos tanto despreciaron. Nos hablan de la bancarrota de la ciencia, y como penitentes venidos de

Roma, pretenden recordarnos las enseñanzas de las verdades reveladas. Pero estos reconvertidos de nuevo cuño olvidan que ya es demasiado tarde. Si verdaderamente la gracia les ha tocado, esta gracia poco poder puede tener sobre almas que no se inquietan lo más mínimo

de las preocupaciones de estos devotos de nuevo cuño. Las multitudes no adoran ya los dioses que estos mismos devotos contribuyeron á derribar. Y no hay poder divino ni humano que pueda obligar á los ricos á remontarse hasta su origen.

Psychologie des foules, pág. 3 y siguientes.

Letras de todas partes

«La Substancia Universal» por Alberto Bloch y Paraf-Javal, traducción de Anselmo Lorenzo.

Un buen libro editado por la Escuela Moderna, pero que contiene demasiada materia en muy pocas páginas para que responda al propósito de autores y editores. Compendio brevísimo de mucha ciencia, apenas se hace en él más que exponer rápidamente, muy rápidamente, bastantes verdades comprobadas, no menos teorías discutibles.

Sin negar el mérito de la labor realizada por los autores diremos, en resumen, que no nos satisface la hipótesis *substancia universal*, pues nos huele un tanto á metafísica. Por lo menos en este texto no aparece bien justificada la substitución del concepto materia por el de substancia, el de atracción por el de energía de distancia, etc. Substituir palabras no es aclarar cosas. Aun opinando que se pueden reducir todos los fenómenos del universo á un solo motivo y que es necesaria á la razón la hipótesis monista, todo esfuerzo dirigido en este sentido trasciende, por ahora, á teología. No escapan á este hecho actual los autores del libro que examinamos.

En detalle, juzgamos que son deficientes y á veces contradictorias las definiciones de las primeras páginas, como la de que el hombre es para sí mismo un cuerpo, según resulta de la definición de éste; que hay deslices de bulto como el de la aceleración, concepto que se aplica lo mismo al aumento y á la disminución de velocidad; que ni el centímetro es la unidad lineal, ni el centímetro cuadrado ó el centímetro cúbico lo son de superficie ó de volumen, sino divisores de otras unidades usuales y derivadas de la fundamental del sistema, que es el metro. Hay en algunas partes del libro bastante obscuridad ya sea por falta de expe-

sión de los autores, ya por descuidos de traducción ya por erratas de composición no subsanables fácilmente; y en una obra del valor é importancia de la que examinamos tales lunares son realmente sensibles.

Aparte lo dicho, es muy recomendable la lectura de este libro, cuyas páginas recorreremos con gusto otra vez.



«La Epidemia» cuadro en un acto por Octavio Mirbeau, es una sátira política de factura gruesa en la que nos desagrada ver metido al autor de «Los Malos pastores».

Tal vez nuestros gustos, reñidos con el teatro que hace reír, nos impidan ver las bellezas de la composición á que nos referimos. Si cometemos pecado de heregía diciendo que «La Epidemia» nos dejó fríos que el pecado nos sea perdonado.



Recibido:

De la biblioteca «Juventud Libertaria», de Barcelona: *La preparación del porvenir*, por Juan Grave. —De la del «Despertar», de Oporto: *A's Mulheres*, por J. Prat, traducción portuguesa de Adelino Tavares de Pinho. —*Ideas y sentimientos*, poesías por José Blazquez de Pedro. —*Trabajador, no votes; soldado, no mates*, por A. Girault. —Originales del Dr. José Ingegnieros, de la Argentina, los siguientes estudios: *Afemia funcional histérica; Obsesiones é Ideas Fijas; La patología de la risa; Estados patológicos de la afectividad.* —*Rehabilitación de alienados*, por los Dres. José Ingegnieros y Carlos B. Benítez. *La Idea*, de Cádiz; *La Libertad*, de Sevilla.

De todas las obras que se reciban en la dirección de NATURA se hará la correspondiente crítica.

Di tutti i libri e opuscoli che saranno spediti alla direzione di NATURA se ne farà il giudizio critico.

La direction de NATURA fera la critique de toutes les œuvres qui lui seront envoyées.

NATURA will do a critical examination of all receipt books, pamphlets and reviews.

Imprenta Moderna de GUINART Y PUJOLAR.—Cortes, 645 (chaflán Bruch).—BARCELONA